

honra y como cosa más dificultosa de alcanzar de nosotros y más agradable a su Padre, la dijo y se la ofrece de nuestra parte.

8. Pues tened mucha cuenta, hermanas, con que dicen: *como perdonamos*; ya como cosa hecha, como he dicho. Y advertid mucho en esto, que cuando de las cosas que Dios hace merced a un alma en la oración que he dicho de contemplación perfecta no sale muy determinada, y, si se le ofrece, lo pone por obra de perdonar cualquier injuria por grave que sea, no estas naderías que llaman injurias [no fíe mucho de su oración]; que el alma que Dios llega a Sí en su oración tan subida, no llegan, ni se le da más ser estimada que no. No dije bien, que sí da, que mucha más pena le da la honra que la deshonra y el mucho holgar con descanso que los trabajos. Porque cuando de veras le ha dado el Señor aquí su reino, ya no le quiere en este mundo; y para más subidamente reinar entiende es éste el verdadero camino, y ha ya visto por experiencia la gran ganancia que le viene y lo que se adelanta un alma en padecer por Dios. Porque por maravilla llega Su Majestad a hacer tan grandes regalos sino a personas que han pasado de buena gana muchos trabajos por Él; porque, como dije en otra parte de este libro (1), son grandes los trabajos de los contemplativos y así los busca el Señor gente experimentada.

9. Pues entended, hermanas, que como éstos tienen ya entendido lo que es todo, en cosa que pasa no se detienen mucho. Si de primer movimiento da pena una gran injuria y trabajo, aún no lo ha bien sentido cuando acude la razón por otra parte, que parece levanta la bandera por sí y deja casi aniquilada aquella pena con el gozo que le da ver que le ha puesto el Señor en las manos cosa que un día podrá ganar

(1) Capítulo 18.

más delante de Su Majestad de mercedes y favores perpetuos que pudiera ser ganara él en diez años por trabajos que quisiera tomar por sí. Esto es muy ordinario a lo que yo entiendo, que he tratado muchos contemplativos y sé cierto que pasa así; que como otros precian oro y joyas, precian ellos los trabajos y los desean, porque tienen entendido que éstos les han de hacer ricos.

10. De estas personas está muy lejos estima suya de nada; gustan entiendan sus pecados y de decirlos cuando ven que tienen estima de ellos. Así les acaece de su linaje, que ya saben que en el reino que no se acaba no han de ganar por aquí. Si gustasen ser de buena casta, es cuando para más servir a Dios fuera menester; cuando no, pésales los tengan por más de lo que son, y sin ninguna pena desengañan, sino con gusto. Es el caso que debe ser a quien Dios hace merced de tener esta humildad y amor grande a Dios, que en cosa que sea servirle más ya se tiene a sí tan olvidado que aun no puede creer que otros sienten algunas cosas ni lo tienen por injuria.

11. Estos efectos que he dicho a la postre son de personas ya más llegadas a perfección, y a quien el Señor muy ordinario hace mercedes de llegar a Sí por contemplación perfecta. Mas io primero que es estar determinados a sufrir injurias y sufrirlas aunque sea recibiendo pena, digo que muy en breve lo tiene quien tiene ya esta merced del Señor de tener oración hasta llegar a unión; y que si no tiene estos efectos y sale muy fuerte en ellos de la oración, crea que no era la merced de Dios, sino alguna ilusión y regalo del demonio, porque nos tengamos por más honrados.

12. Puede ser que al principio cuando el Señor hace estas mercedes no luego el alma quede con esta fortaleza; mas digo que si la continúa a hacer,

que en breve tiempo se hace con fortaleza, y ya que no la tenga en otras virtudes, en esto de perdonar sí. No puedo yo creer que alma que tan junto llega de la misma misericordia, a donde conoce la que es y lo mucho que la ha perdonado Dios, deje de perdonar luego con toda facilidad y quede allanada en quedar muy bien con quien la injurió; porque tiene presente el regalo y merced que le ha hecho, a donde vio señales de grande amor y alégrase se le ofrezca en qué mostrarle alguno.

13. Torno a decir que conozco muchas personas que las ha hecho el Señor merced de levantarlas a cosas sobrenaturales, dándoles esta oración o contemplación que queda dicha; y aunque las veo con otras faltas e imperfecciones, con ésta no he visto ninguna ni creo la habrá, si las mercedes son de Dios, como he dicho. El que las recibiere mayores, mire en sí cómo van creciendo estos efectos; y si no viere en sí ninguno, témase mucho y no crea que esos regalos son de Dios, como he dicho, que siempre enriquece el alma a donde llega. Esto es cierto, que aunque la merced y regalo pase presto que se entiende despacio en las ganancias con que queda el alma, y como el buen Jesús sabe bien esto, determinadamente dice a su Padre Santo *que perdonamos nuestros deudores.*

CAPITULO 37

Dice la excelencia de esta oración del "Paternoster": y cómo hallaremos de muchas maneras consolación en ella.

1. Es cosa para alabar mucho al Señor cuán subida en perfección es esta oración evangelical, bien como ordenada de tan buen Maestro, y así podemos,

hijas, cada una tomarla a su propósito. Espántame ver que en tan pocas palabras está toda la contemplación y perfección encerrada, que parece no hemos menester otro libro sino estudiar en éste. Porque hasta aquí nos ha enseñado el Señor todo el modo de oración y de alta contemplación, desde los principiantes a la oración mental y de quietud y unión; que a ser yo para saberlo decir, se pudiera hacer un gran libro de oración sobre tan verdadero fundamento. Ahora ya comienza el Señor a darnos a entender los efectos que deja, cuando son mercedes suyas, como habéis visto.

2. Pensando he yo cómo no se había Su Majestad declarado más en cosas tan subidas y oscuras para que todos lo entendiésemos. Hame parecido que (como había de ser general para todos esta oración) porque pudiese pedir cada uno a su propósito y se consolase, pareciéndonos le damos buen entendimiento, lo dejó así en confuso, para que los contemplativos que ya no quieren cosas de la tierra y personas ya muy dadas a Dios, pidan las mercedes del Cielo que se pueden por la gran bondad de Dios dar en la tierra; y los que aún viven en ella, y es bien que vivan conforme a sus estados, pidan también su pan [con] que se han de sustentar y sustentan sus casas, y es muy justo y santo y así las demás cosas, conforme a sus necesidades.

3. Mas miren que estas dos cosas, que es darle nuestra voluntad y perdonar, que es para todos. Verdad es que hay más y menos en ello, como queda dicho: los perfectos darán la voluntad como perfectos y perdonarán con la perfección que queda dicha; nosotras, hermanas, haremos lo que pudiéramos, que todo lo recibe el Señor. Porque parece una manera de concierto que de nuestra parte hace con su Eterno Padre, como quien dice: haced Vos

esto, Señor, y harán mis hermanos estotro. Pues a buen seguro que no falte por su parte. ¡Oh, oh!, ¡que es muy buen pagador y paga muy sin tasa!

4. De tal manera podemos decir una vez esta oración, que como entienda no nos queda doblez, sino que haremos lo que decimos, nos deje ricas. Es muy amigo tratemos verdad con Él; tratando con llaneza y claridad, que no digamos una cosa y nos quede otra, siempre da más de lo que le pedimos. Sabiendo esto nuestro buen Maestro, y que los que de veras llegasen a perfección en el pedir habían de quedar tan en alto grado con las mercedes que les había de hacer el Padre, entendiendo que los ya perfectos o que van camino de ello, que no temen ni deben, como dicen, tienen el mundo debajo de los pies, contento el Señor de él (como por los efectos que hace en sus almas pueden tener grandísima esperanza que Su Majestad lo está), embebidos en aquellos regalos, no querrían acordarse que hay otro mundo ni que tienen contrarios.

5. ¡Oh sabiduría eterna! ¡Oh buen Enseñador! Y qué gran cosa es, hijas, un maestro sabio, temeroso, que previene a los peligros. Es todo el bien que un alma espiritual puede acá desear, porque es gran seguridad. No podría encarecer con palabras lo que importa esto. Así que viendo el Señor que era menester despertarlos y acordarlos que tienen enemigos, y cuán más peligroso es en ellos ir descuidados, y que mucha más ayuda han menester del Padre Eterno, porque caerán de más alto, y para no andar sin entenderse, engañados, pide estas peticiones tan necesarias a todos mientras vivimos en este destierro: *E no nos traigas, Señor, en tentación; mas líbranos del mal.*

CAPITULO 38

Que trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre Eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: Et ne nos inducas in tentationes, sed libera nos a malo, y declara algunas tentaciones. Es de notar.

1. Grandes cosas tenemos aquí, hermanas, que pensar y que entender, pues lo pedimos. Ahora mirad que tengo por muy cierto los que llegan a la perfección que no piden al Señor los libre de los trabajos ni de las tentaciones ni persecuciones y peleas, que éste es otro efecto muy cierto y grande de ser espíritu del Señor y no ilusión, la contemplación y mercedes que Su Majestad les diere; porque, como poco ha dije, antes los desean y los piden y los aman. Son como los soldados que están más contentos cuando hay más guerra, porque esperan salir con más ganancia; si no la hay, sirven con su sueldo, mas ven que no pueden medrar mucho.

2. Creed, hermanas, que los soldados de Cristo, que son los que tienen contemplación y tratan de oración, no ven la hora que pelear; nunca temen mucho enemigos públicos, ya los conocen y saben que, con la fuerza que en ellos pone el Señor, no tienen fuerza, y que siempre quedan vencedores y con gran ganancia: nunca los vuelven el rostro. Los que temen, y es razón temen y siempre pidan los libre el Señor de ellos, son unos enemigos que hay traidores, unos demonios que se transfiguran en ángel de luz; vienen disfrazados. Hasta que han hecho mucho daño en el alma no se dejan conocer, sino que nos andan bebiendo la sangre y acabando las virtudes, y andamos en la misma tentación y no lo

entendemos. De éstos pidamos, hijas, y supliquemos muchas veces en el *Paternoster* que nos libre el Señor y que no consienta andemos en tentación que nos traigan engañadas, que se descubra la ponzoña, que no os escondan la luz y la verdad. ¡Oh, con cuánta razón nos enseña nuestro buen Maestro a pedir esto y lo pide por nosotros!

3. Mirad, hijas, que de muchas maneras dañan, no penséis que es sólo en hacernos entender que los gustos que pueden fingir en nosotros y regalos son de Dios, que éste me parece el menos daño, en parte, que ellos pueden hacer; antes podrá ser que con esto hagan caminar más apriesa, porque, cebados de aquel gusto, están más horas en la oración; y como ellos están ignorantes que es del demonio, y como se ven dar las gracias a Dios, quedarán más obligados a servirle, se esforzarán a disponerse para que les haga más mercedes el Señor, pensando son de su mano.

4. Procurad, hermanas, siempre humildad y ver que no sois dignas de estas mercedes y no las procuréis. Haciendo esto, tengo para mí que muchas almas pierden el demonio por aquí, pensando hacer que se pierdan, y que saca el Señor, del mal que él pretende hacer, nuestro bien; porque mira Su Majestad nuestra intención, que es contentarle y servirle, estándonos con Él en la oración, y fiel es el Señor. Bien es andar con aviso no haga quiebra en la humildad o engendrar alguna vanagloria. Suplicando al Señor os libre en esto, no hayáis miedo, hijas mías, que os deje Su Majestad regalar mucho de nadie, sino de Sí.

5. A donde el demonio puede hacer gran daño sin entenderle, es haciéndonos creer que tenemos virtudes no teniéndolas, que esto es pestilencia. Porque en los gustos y regalos, parece sólo que recibimos

y que quedamos más obligados a servir: acá parece que damos y servimos y que está el Señor obligado a pagar, y así poco a poco hace mucho daño. Que por una parte enflaquece la humildad, por otra descuidámonos de adquirir aquella virtud que nos parece la tenemos ya ganada. Pues ¿qué remedio, hermanas? El que a mí me parece mejor, es lo que nos enseña nuestro Maestro; oración y suplicar al Padre Eterno que no permita que andemos en tentación.

6. También os quiero decir otro alguno, que, si nos parece el Señor ya nos le ha dado, entendamos que es bien recibido y que nos le puede tornar a quitar, como, a la verdad, acaece muchas veces, y no sin gran providencia de Dios. ¿Nunca le habéis visto por vosotras, hermanas? Pues yo, sí; unas veces me parece que estoy muy desasida, y en hecho de verdad, venido a la prueba, lo estoy; otra vez me hallo tan asida y de cosas que por ventura el día de antes burlara yo de ello, que casi no me conozco. Otras veces me parece tengo mucho ánimo, y que a cosa que fuese servir a Dios no volvería el rostro; y probado, es así que le tengo para algunas. Otro día viene que no me hallo con él para matar una hormiga por Dios si en ello hallase contradicción. Así, unas veces me parece que de ninguna cosa que murmurasen ni dijesen de mí no se me da nada; y, probado, algunas veces es así, que antes me da contento. Vienen días que sola una palabra me aflige y querría irme del mundo, porque me parece me cansa en todo. Y en esto no soy sola yo, que lo he mirado en muchas personas mejores que yo y sé que pasa así.

7. Pues esto es, ¿quién podrá decir de sí que tiene virtud ni que está rica, pues al mejor tiempo que haya menester la virtud se halla de ella pobre? Que no hermanas, sino pensemos siempre lo estamos, y no nos adeudemos sin tener de qué pagar; porque

de otra parte ha de venir el tesoro, y no sabemos cuándo nos querrá dejar en la cárcel de nuestra miseria sin darnos nada; y si teniéndonos por buenas nos hacen merced y honra, que es el emprestar que digo, quedaránse burlados ellos y nosotras. Verdad es que sirviendo con humildad, en fin, nos socorre el Señor en las necesidades; mas si no hay muy de veras esta virtud, a cada paso, como dicen, os dejará el Señor. Y es grandísima merced suya, que es para que la tengáis y entendáis con verdad que no tenemos nada que no lo recibimos.

8. Ahora, pues, notad otro aviso. Hácenos entender el demonio que tenemos una virtud, digamos de paciencia, porque nos determinamos y hacemos muy continuos actos de pasar mucho por Dios; y parecenos en hecho de verdad que lo sufriríamos, y así estamos muy contentos, porque ayuda al demonio a que lo creamos. Yo os aviso no hagáis caso de estas virtudes, ni pensemos las conocemos sino de nombre, ni que nos las ha dado el Señor hasta que veamos la prueba; porque acaecerá que a una palabra que os digan a vuestro disgusto vaya la paciencia por el suelo. Cuando muchas veces sufriereis, alabad a Dios que os comienza a enseñar esta virtud y esforzaos a padecer, que es señal que en eso quiere se la paguéis, pues os la da, y no la tengáis sino como en depósito, como ya queda dicho.

9. Trae otra tentación, que nos parecemos muy pobres de espíritu y traemos costumbre de decirlo, que ni queremos nada ni se nos da nada de nada: no se ha ofrecido la ocasión de darnos algo, aunque pase de lo necesario, cuando va toda perdida la pobreza de espíritu. Mucho ayuda el traer costumbre de decirlo a parecer que se tiene. Mucho hace al caso andar siempre sobre aviso para entender es tentación, así en las cosas que he dicho como en

otras muchas; porque cuando de veras da el Señor una sólida virtud de éstas, todas parece las trae tras sí; es muy conocida cosa. Mas tórnoos avisar que, aunque os parezca la tenéis, temáis que os engañéis; porque el verdadero humilde siempre anda dudoso en virtudes propias y muy ordinariamente le parecen más ciertas y de más valor las que ve en sus prójimos.

CAPITULO 39

Prosigue la misma materia y da avisos de tentaciones, algunas de diferentes maneras, y pone dos remedios para que se puedan librar de ellas.

1. Pues guardaos también, hijas, de unas humildades que pone el demonio con gran inquietud de la gravedad de nuestros pecados, que suele apretar aqui de muchas maneras, hasta apartarse de las comuniones y de tener oración particular (por no merecerlo, les pone el demonio), y cuando llegan al Santísimo Sacramento, en si se aparejaron bien o no, se les va el tiempo que habían de recibir mercedes. Llega la cosa a término de hacer parecer a un alma que, por ser tal, la tiene Dios tan dejada, que casi pone duda en su misericordia. Todo le parece peligro lo que trata y sin fruto lo que sirve, por bueno que sea. Dale una desconfianza que se le caen los brazos para hacer ningún bien, porque le parece que lo que lo es en los otros en ella es mal.

2. Mirad mucho, hijas, en este punto que os diré, porque algunas veces podrá ser humildad y virtud tenernos por tan ruin, y otras grandísima tentación. Porque yo he pasado por ella, la conozco. La humildad no inquieta ni desasosiega ni alborota el alma,

por grande que sea; sino viene con paz y regalo y sosiego. Aunque uno, de verse ruin, entienda claramente merece estar en el infierno y se aflige y le parece con justicia todos le habían de aborrecer, y que no osa casi pedir misericordia, si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí y contento que no querriamos vernos sin ella. No alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace hábil para servir más a Dios. Estotra pena todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve, es muy penosa. Creo pretende el demonio que pensemos tenemos humildad, y si pudiese, a vueltas que desconfiásemos de Dios.

3. Cuando así os hallareis atajad el pensamiento de vuestra miseria lo más que pudieréis, y ponedle en la misericordia de Dios y en lo que nos ama y padeció por nosotros. Y si es tentación, aun esto no podéis hacer, que no os dejará sosegar el pensamiento ni ponerle en cosa, sino para fatigaros más; harto será si conocéis es tentación. Así es en penitencias desconcertadas, para hacer entendernos que somos más penitentes que las otras y que hacéis algo. Si os andáis escondiendo del confesor o prelada, o si, diciéndoos que lo dejéis, no lo hacéis, es clara tentación. Procurad, aunque más pena os dé, obedecer, pues en esto está la mayor perfección.

4. Pone otra bien peligrosa, que es una seguridad de parecernos que en ninguna manera tornaríamos a las culpas pasadas y contentos del mundo; que ya lo tengo entendido y sé qué se acaba todo y que más gusto me dan las cosas de Dios. Esta si es a los principios, es muy malo, porque con esta seguridad no se les da nada de tornarse a poner en las ocasiones, y hácenos dar ojos, y plegue a Dios que no sea muy peor que la recaída. Porque, como el demonio ve que es alma que le puede dañar y aprove-

char a otras, hace todo su poder para que no se levante. Así que, aunque más gustos y prendas de amor el Señor os dé, nunca tanto andéis seguras, que dejéis de temer podéis tornar a caer y guardaros de las ocasiones.

5. Procurad mucho tratar esas mercedes y regalos con quien os dé luz, sin tener cosa secreta; y tened este cuidado; que en principio y fin de la oración, por subida contemplación que sea, siempre acabéis en propio conocimiento. Y si es de Dios, aunque no queráis ni tengáis este aviso, lo haréis aún más veces, porque trae consigo humildad y siempre deja con más luz para que entendamos lo poco que somos. No me quiero detener más, porque muchos libros hallaréis de estos avisos. Lo que he dicho es porque he pasado por ello y vístome en trabajo algunas veces. Todo cuanto se puede decir, no puede dar entera seguridad.

6. Pues, Padre Eterno, ¿qué hemos de hacer sino acudir a Vos y suplicaros no nos traigan estos contrarios nuestros en tentación? Cosas públicas vengan que, con vuestro favor, mejor nos libraremos; mas estas traiciones, ¿quién las entenderá, Dios mío? Siempre hemos menester pedirnos remedio. Decidnos, Señor, alguna cosa que por este camino no van los muchos, y si han de ir con tantos miedos, irán muy menos.

7. Cosa extraña es ésta, ¡como si para los que no van por camino de oración no tentase el demonio!, y que se espanten más todos de uno que engaña de los que van más llegados a perfección, que de cien mil que ven en engaños y pecados públicos que no hay que andar a mirar si es bueno o malo, porque de mil leguas se entiende es Satanás. A la verdad, tiene razón, porque son tan poquísimos a los que engaña el demonio de los que rezaren el *Patet-*

noster como queda dicho, que, como cosa nueva y no usada, da admiración, que es cosa muy de los mortales pasar fácilmente por lo continuo que ven y espantarse mucho de la que es muy pocas veces o casi ninguna. Y los mismos demonios los hacen espantar porque les está a ellos bien, que pierden mucho por uno que se llega a la perfección.

CAPITULO 40

Dice cómo procurando siempre andar en amor y temor de Dios iremos seguras entre tantas tentaciones.

1. Pues, buen Maestro nuestro, dadnos algún remedio cómo vivir sin mucho sobresalto en guerra tan peligrosa. El que podemos tener, hijas y nos dio su Majestad es amor y temor; que el amor nos hará apresurar los pasos; el temor nos hará ir mirando a dónde ponemos los pies para no caer por camino a donde hay tanto en que tropezar como caminamos todos los que vivimos, y con esto a bien seguro que no seamos engañados.

2. Diréisme que en qué veréis que tenéis estas dos virtudes tan grandes, tan grandes, y tenéis razón porque cosa muy cierta y determinada no la puede haber; porque siéndolo de que tenemos amor, lo estaremos de que estamos en gracia. Mas mirad, hermanas, hay unas señales que parece los ciegos las ven, no están secretas; aunque no queráis entenderlas, ellas dan voces que hacen mucho ruido, porque no son muchos los que con perfección las tienen y así se señalan más. ¡Como quien no dice nada: amor y temor de Dios! Son dos castillos fuertes, desde donde se da guerra al mundo y a los demonios.

3. Quienes de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre y los favorecen y defienden; no aman sino verdades y cosa que sea digna de amar. ¿Pensáis que es posible, quien muy de veras ama a Dios, amar vanidades ni puede, ni riquezas ni cosas del mundo, de deleites, ni honras, ni tiene contienda ni envidias? Todo porque no pretende otra cosa sino contentar al Amado. Andan muriendo porque los ame y así ponen la vida en entender cómo le agradarán más. ¿Escondarse? ¡Oh, que el amor de Dios, si de veras es amor, es imposible! Si no, mirad un San Pablo, una Magdalena: en tres días el uno comenzó a entenderse que estaba enfermo de amor; éste fue San Pablo. La Magdalena, desde el primer día, ¡y cuán bien entendido! Que esto tiene, que hay más o menos; y así se da a entender como la fuerza que tiene el amor. Si es poco, da a entender poco; y si es mucho, mucho; mas poco o mucho, como haya amor de Dios, siempre se entiende.

4. Mas de lo que ahora tratamos más, que es de los engaños e ilusiones que hace el demonio a los contemplativos, no hay poco: siempre es el amor mucho, o ellos no serán contemplativos, y así se da a entender mucho y de muchas maneras. Es fuego grande, no puede sino dar gran resplandor. Y si esto no hay, anden con gran recelo, crean que tienen bien que temer, procuren entender qué es, hagan oraciones, anden con humildad y supliquen al Señor no los traiga en tentación; que, cierto, a no haber esta señal, yo temo que andamos en ella. Mas andando con humildad, procurando saber la verdad, sujetas al confesor y tratando con él con verdad y llaneza, que, como está dicho, con lo que el demonio os pensare

dar la muerte os da la vida, aunque más cocos e ilusiones os quiera hacer.

5. Mas si sentís este amor de Dios que tengo dicho y el temor que ahora diré, andad alegres y quietas, que por haceros turbar el alma para que no goce tan grandes bienes os pondrá el demonio mil temores falsos y hará que otros os lo pongan; porque ya que no puede ganaros, al menos procura hacernos algo perder y que pierdan los que pudieran ganar mucho, creyendo son de Dios las mercedes que hace tan grandes a una criatura tan ruin, y que es posible hacerlas, que parece algunas veces tenemos olvidadas sus misericordias antiguas.

6. ¿Pensáis que le importa poco al demonio poner estos temores? No, sino muchos, porque hace dos daños: el uno, que atemoriza, a los que le oyen, de llegarse a la oración, pensando han también de ser engañados; el otro, que se llegarían muchos más a Dios viendo que es tan bueno, como he dicho, que es posible comunicarse ahora tanto con los pecadores. Póneles codicia, y tienen razón, que yo conozco algunas personas que esto les animó y comenzaron oración, y en poco tiempo salieron verdaderos, haciéndolos el Señor grandes mercedes.

7. Así que, hermanas, cuando entre vosotras vieiris hay alguna que el Señor las haga, alabad mucho al Señor por ello y no por eso penséis está segura, antes ayudadla con más oración; porque nadie lo puede estar mientras vive y anda engolfado en los peligros de este mar tempestuoso. Así que no dejaréis de entender este amor a donde está ni sé cómo se pueda encubrir. Pues si amamos acá a las criaturas, dicen ser imposible y que mientras más hacen por encubrirlo más se descubre, siendo cosa tan baja que no merece nombre de amor, porque se funda en nonada; ¿y habíase de poder encubrir un amor tan

fuerte, tan justo, que siempre va creciendo, que no ve cosa para dejar de amar, fundado sobre tal cimientto como es ser pagado con otro amor, ya que no puede dudar de él por estar mostrado tan al descubierto con tan grandes dolores y trabajos y derramamiento de sangre, hasta perder la vida, porque no nos quedase ninguna duda de este amor? ¡Oh, válgame Dios, qué cosa tan diferente debe ser el un amor del otro a quien lo ha probado!

8. Plegue a Su Majestad nos le dé antes que nos saque de esta vida, porque será gran cosa a la hora de la muerte ver que vamos a ser juzgadas de quien habemos amado sobre todas las cosas. Seguras podremos ir con el pleito de nuestras deudas; no será ir a tierra extraña, sino propia, pues es a la de quien tanto amamos y nos ama. Acordaos, hijas mías, aquí de la ganancia que trae este amor consigo y de la pérdida en no tenerle, que nos pone en manos del tentador, en manos tan crueles, manos tan enemigas de todo bien y tan amigas de todo mal.

9. ¿Qué será de la pobre alma que, acabada de salir de tales dolores y trabajos como son los de la muerte, cae luego en ellas? ¡Qué mal descanso le viene!; ¡qué despedazada irá al infierno!; ¡qué multitud de serpientes de diferentes maneras!; ¡qué temeroso lugar!; ¡qué desventurado hospedaje! Pues para una noche una mala posada se sufre mal, si es persona regalada (que son los que más deben de ir allá); pues posada de para siempre, para sin fin, ¿qué pensáis sentirá aquella triste alma? Que no queramos regalos, hijas; bien estamos aquí: todo es una noche la mala posada. Alabemos a Dios; esforcémonos a hacer penitencia en esta vida. Mas ¡qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados la tiene hecha y no ha de ir al purgatorio! Como desde acá aún

podrá ser comience a gozar de la gloria, no verá en sí temor sino toda paz.

10. Ya que no lleguemos a esto, hermanas, supliquemos a Dios, si vamos a recibir luego penas, sea a donde con esperanza de salir de ellas las llevemos de buena gana, y a donde no perdamos su amistad y gracia y que nos la dé en esta vida para no andar en tentación sin que lo entendamos.

CAPITULO 41

Que habla del temor de Dios y cómo nos hemos de guardar de pecados veniales.

1. ¡Cómo me he alargado! Pues no tanto como quisiera, porque es cosa sabrosa hablar en tal amor, ¿qué será tenerle? (1). El Señor me le dé por quien Su Majestad es. Ahora vengamos a temor de Dios. Es cosa también muy conocida de quien le tiene y de los que le tratan. Aunque quiero entendáis que a los principios no está tan crecido, si no es algunas personas, a quien, como he dicho, el Señor hace grandes mercedes, que en breve tiempo las hace ricas de virtudes; y así no se conoce en todos, a los principios digo. Vase aumentando el valor creciendo más cada día; aunque desde luego se entiende porque

(1) El autógrafo escurialense trae aquí un párrafo, que dice: "No vaya yo de esta vida hasta que no quiera cosa de ella, ni sepa qué cosa es amar fuera de vos, ni acierte a poner este nombre en nadie, pues todo es falso, pues lo es el cimientito, y ansí no dura el edificio. No sé por qué nos espantamos. Cuando oigo decir: "aquél me pagó mal", "estotro no me quiere", yo me río entre mí: ¿Qué os ha de pagar ni qué os ha de querer? En esto veréis quién es el mundo, que vuestro mesmo amor os da después el castigo, y eso es lo que os deshace, por que siente mucho la voluntad de que la hayáis traído embebida en juego de niños."

luego se apartan de pecados y de las ocasiones y de malas compañías y se ven otras señales. Mas cuando ya llega el alma a contemplación que es de lo que más ahora aquí tratamos, el temor de Dios también anda muy al descubierto, como el amor; no va disimulado aún en lo exterior. Aunque mucho con aviso se miren estas personas, no las verán andar descuidadas, que por grande que le tengamos a mirarlas, las tiene el Señor de manera que, si gran interés se le ofreciese, no harán de advertencia un pecado venial; los mortales temen como al fuego. Y éstas son las ilusiones que yo querría, hermanas, temiésemos mucho, y supliquemos siempre a Dios no sea tan recia la tentación que le ofendamos, sino que nos la dé conforme a la fortaleza que nos ha de dar para vencerla. Esto es lo que hace al caso; este temor es el que yo deseo nunca se quite de nosotras, que es lo que nos ha de valer.

2. ¡Oh, que es gran cosa no tener ofendido al Señor, para que sus siervos y esclavos infernales [estén atados]!; que, en fin, todos le han de servir, mal que les pese, sino que ellos es por fuerza y nosotros de toda voluntad. Así que, teniéndole contento, ellos estarán a raya, no harán cosa con que nos puedan dañar, aunque más nos traigan en tentación y nos armen lazos secretos.

3. Tened esta cuenta y aviso, que importa mucho que [no descuidéis] hasta que os veáis con tan gran determinación de no ofender al Señor, que perderíais mil vidas antes que hacer un pecado mortal, y de los veniales estéis con mucho cuidado de no hacerlos; esto de advertencia, que de otra suerte, ¿quién estará sin hacer muchos? Mas hay una advertencia muy pensada; otra tan de presto, que casi haciéndose el pecado venial y advirtiéndose es todo uno, que no nos pudimos entender. Mas pecado muy

de advertencia, por chico que sea. Dios nos libre de él. ¡Cuánto más que no hay poco, siendo contra una tan gran Majestad y viendo que nos está mirando! Que esto me parece a mí es pecado sobrepensado, y como quien dice: Señor, aunque os pese, haré esto; ya veo que lo veis y sé que no lo queréis y lo entiendo; mas quiero más seguir mi antojo y apetito que no vuestra voluntad. Y que en cosa de esta suerte hay poco, a mí no me lo parece por leve que sea la culpa, sino mucho y muy mucho.

4. Mirad, por amor de Dios, hermanas, si queréis ganar este temor de Dios, que va mucho entender cuán grave cosa es ofensa de Dios y tratarlo en vuestros pensamientos muy ordinarios: que nos va la vida, y mucho más, tener arraigada esta virtud en nuestras almas. Y hasta que le tengáis es menester andar siempre con mucho cuidado y apartarnos de todas las ocasiones y compañías que no nos ayuden a llegarnos más a Dios. Tener gran cuenta con todo lo que hacemos, para doblar en ello nuestra voluntad y cuenta con que lo que hablare vaya con edificación; huir de donde hubiere pláticas que no sean de Dios. Ha menester mucho que en sí quede muy impreso este temor; aunque si de veras hay amor, presto se cobra. Mas en teniendo el alma visto con gran determinación en sí, que, como he dicho, por cosa criada no hará una ofensa de Dios, aunque después se caiga alguna vez, porque somos flacos y no hay que fiar de nosotros (cuando más determinados, menos confiados de nuestra parte, que de donde ha de venir la confianza ha de ser de Dios); cuando esto que he dicho entendamos de nosotros, no es menester andar tan encogidos ni apretados, que el Señor nos favorecerá, y ya la costumbre nos será ayuda para no ofenderle; sino andar con una santa libertad tratando con quien fuere justo y aunque sean distraídas. Porque las que

antes que tuvieseis este verdadero temor de Dios os fueran tósigo y ayuda para matar el alma, muchas veces después os la harán para amar más a Dios y alabarle porque os libró de aquello que veis ser notorio peligro; y si antes fuerais parte para ayudar a sus flaquezas, ahora lo seréis para que se vayan a la mano en ellas por estar delante de vos, que sin quereros hacer honra acaece esto.

5. Yo alabo al Señor muchas veces, y pensando de dónde vendrá, por qué sin decir palabra muchas veces un siervo de Dios ataja palabras que se dicen contra Él. Debe ser, que así como acá, si tenemos un amigo, siempre se tiene respeto, si es en su ausencia, a no hacerle agravio delante del que saben que lo es; y como aquél está en gracia, la misma gracia debe hacer que por bajo que éste sea, se le tenga respeto y no le den pena en cosa que tanto entienden ha de sentir como ofender a Dios. El caso es que yo no sé la causa, mas sé que es muy ordinario esto. Así que no os apretéis, porque si el alma se comienza a encoger, es muy mala cosa para todo lo bueno, y a las veces dan en ser escrupulosas, y véisla aquí inhabilitada para sí y para los otros; y ya que no dé en esto, será buena para sí, mas no llegará muchas almas a Dios, como ven tanto encogimiento y apretura. Es tal nuestro natural, que las atemoriza y ahoga y huyen de llevar el camino que vos lleváis, aunque conocen claro ser de más virtud.

6. Y viene otro daño de aquí que es juzgar a otros, cómo no van por nuestro camino, sino con más santidad (por aprovechar el prójimo, tratán con libertad y sin esos encogimientos); luego os parecerán imperfectos. Si tienen alegría santa, parecerá disolución, en especial en las que no tenemos letras ni sabemos en lo que se puede tratar sin pecado. Es muy peligrosa cosa y andar en tentación continuo

y muy de mala digestión, porque es en perjuicio del prójimo; y pensar que si no van todos por el modo que vos encogidamente, no van tan bien, es malísimo. Y hay otro daño: que en algunas cosas que habéis de hablar y es razón habléis, por miedo de no exceder en algo no osaréis sino por ventura decir bien de lo que sería muy bien abominaseis.

7. Así que, hermanas, todo lo que pudiereis sin ofensa de Dios procurad ser afables y entender de manera con todas las personas que os tratasen, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar y no se atemorizen y amedrenten de la virtud. A religiosas importa mucho esto: mientras más santas, más conversables con sus hermanas, y que aunque sintáis mucha pena, si no van sus pláticas todas como vos las querríais hablar, nunca os extrañéis de ellas, si queréis aprovechar y ser amada. Que es lo que mucho hemos de procurar ser afables, y agradar y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas.

8. Así que, hijas mías, procurad entender de Dios en verdad, que no mira a tantas menudencias como vosotras pensáis; y no dejéis que se os encoja el ánimo y el ánimo que se podrán perder muchos bienes. La intención recta, la voluntad determinada, como tengo dicho, de no ofender a Dios. No dejéis arrinconar vuestra alma, que en lugar de procurar santidad sacará muchas imperfecciones que el demonio le pondrá por otras vías, y, como he dicho, no aprovechará así y a las otras tanto como pudiera.

9. Veis aquí cómo con estas dos cosas, amor y temor de Dios, podemos ir por este camino sosegados y quietos, aunque, como el temor ha de ir siempre delante, no descuidados, que ésta seguridad no la hemos de tener mientras vivimos, porque sería gran

peligro. Y así lo entendió nuestro Enseñador cuando en el fin de esta oración dice a su Padre estas palabras, como quien entendió bien era menester.

CAPITULO 42

*En que trata de estas postreras palabras del "Paternoster":
Sed libera nos a malo: Amen. "Mas libranos del mal. Amén."*

1. Paréceme tiene razón el buen Jesús de pedir esto para Sí, porque ya vemos cuán cansado estaba de esta vida cuando dijo en la cena a sus Apóstoles (*Lc., 22, 15*): *Con deseo he deseado cenar con vosotros*, que era la postrera cena de su vida. Por donde se ve cuán cansado debía ya estar de vivir, y ahora no se cansarán los que han cien años, sino siempre con deseo de vivir más. A la verdad, no la pasamos tan mal ni con tantos trabajos cómo Su Majestad la pasó ni tan pobremente. ¿Qué fué toda su vida sino una continua muerte, siempre trayendo la que le habían de dar tan cruel delante de los ojos? Y esto era lo menos, ¡mas tantas ofensas como se hacían a su Padre y tanta multitud de almas como se perdían! Pues si acá una que tenga caridad le es esto gran tormento, ¿qué sería en la caridad sin tasa ni medida de este Señor? ¿Y qué gran razón tenía de suplicar al Padre que le librase ya de tantos males y trabajos y le pusiese en descanso para siempre en su reino, pues era verdadero heredero de Él?

2. *Amén.* Que el Amén entiendo yo, que pues con él se acaban todas las cosas, que así pide el Señor seamos librados de todo mal para siempre (1).

(1) Aquí borró la Santa un párrafo, que dice, según el autó-

Y así lo suplico yo al Señor me libre de todo mal para siempre, pues no me desquito de lo que debo, sino que puede ser por ventura cada día me adeudo más. Y lo que no se puede sufrir, Señor, es no poder saber cierto que os amo, ni si son aceptos mis deseos delante de Vos. ¡Oh Señor y Dios mío, libradme ya de todo mal, y sed servido de llevarme a donde están todos los bienes! ¿Qué esperan ya aquí a los que Vos habéis dado algún conocimiento de lo que es el mundo y los que tienen viva fe de lo que el Padre Eterno les tiene guardado?

3. El pedir esto con deseo grande y toda determinación es un gran efecto para los contemplativos de que las mercedes que en la oración reciben son de Dios; así que, los que lo fueren, ténganlo en mucho. El pedirlo yo no es por esta vía, digo que no

grafo de El Escorial: “Escusado es, hermanas, pensar que mientras vivimos podemos estar libres de muchas tentaciones e imperfecciones y aun pecados; pues se dice que quien pensare está sin pecado, se engaña, y es así. Pues si echamos a males del cuerpo y trabajos, ¿quién está sin muy muchos de muchas maneras, ni es bien pidamos estarlo? Pues entendamos que pediremos aquí, pues este decir *de todo mal* parece imposible, o de cuerpo, como he dicho, o de imperfecciones y faltas en el servicio de Dios. De los santos no digo nada, todo lo pondrán en Cristo, como decía San Pablo; mas los pecadores como yo, que me veo rodeada de flojedad y tibieza y poca mortificación y otras muchas cosas, veo que me cumple pedir al Señor remedio.

“Vosotras, hijas, pedid como os pareciere; yo no le hallo viviendo, y así pido al Señor que me libre de todo mal para siempre. ¿Qué bien hallamos en esta vida, hermanas, pues carecemos de tanto bien y estamos ausentes de Él? Líbrame, Señor, de esta sombra de muerte; líbrame de tantos trabajos; líbrame de tantos dolores; líbrame de tantas durezas, de tantos cumplimientos como forzado hemos de tener los que vivimos; de tantas, tantas, tantas cosas, que me cansan y fatigan, que cansaría a quien esto leyese si las dijese todas. No hay ya quien sufra vivir. Debe de venirme este cansancio de haber tan mal vivido y de ver que aun lo que vivo ahora no es como he de vivir, tanto debo.”

se tome por esta vía, sino que, como he tan mal vivido, temo ya de más de vivir y cánsame tantos trabajos. Los que participan de los regalos de Dios, no es mucho deseen estar a donde no los gocen a sorbos y que no quieran estar en vida que tantos embarazos hay para gozar de tanto bien y que deseen estar a donde no se les ponga el sol de justicia. Haráseles todo oscuro cuando después acá ven, y de cómo viven me espanto. No debe ser con contento quien ha comenzado a gozar y le han dado ya acá su reino y no ha de vivir por su voluntad, sino por la del rey.

4. ¡Oh cuánta otra vida debe ser ésta para no desear la muerte! ¡Cuán diferentemente se inclina nuestra voluntad a lo que es la voluntad de Dios! Ella quiere queramos la verdad, nosotros queremos la mentira; quiere que queramos lo eterno, acá nos inclinamos a lo que se acaba; quiere queramos cosas grandes y subidas, acá queremos bajas y de tierra; querría quisiésemos sólo lo seguro, acá amamos lo dudoso. Que es burla, hijas mías, sino suplicar a Dios nos libre de estos peligros para siempre y nos saque ya de todo mal. Y aunque no sea nuestro deseo con perfección, esforcémonos a pedir la petición. ¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos a poderoso? Mas, porque más acertemos, dejemos a su voluntad el dar, pues ya le tenemos dada la nuestra; y sea para siempre santificado su nombre en los Cielos y en la tierra y en mí sea siempre hecha su voluntad. Amén.

5. Ahora mirad, hermanas, cómo el Señor me ha quitado de trabajo y enseñando a vosotras y a mí el camino que comencé a deciros, dándome a entender lo mucho que pedimos cuando decimos esta oración evangelical. Sea bendito por siempre, que es cierto que jamás vino a mi pensamiento que había

tan grandes secretos en ella que ya habéis visto encierra en sí todo el camino espiritual, desde el principio hasta engolfar Dios el alma y darla abundantemente a beber en la fuente de agua viva que dije estaba al fin del camino. Parece nos ha querido el Señor dar a entender, hermanas, la gran consolación que está aquí encerrada, y es gran provecho para las personas que no saben leer. Si lo entendiesen, por esta oración podían sacar mucha doctrina y consolarse en ella.

6. Pues aprendamos, hermanas, de la humildad con que nos enseña este nuestro buen Maestro, y suplicadle me perdone, que me he atrevido a hablar en cosas tan altas. Bien sabe Su Majestad que mi entendimiento no es capaz para ello si Él no me enseñara lo que he dicho. Agradecédselo vosotras, hermanas, que debe haberlo hecho por la humildad con que me lo pedisteis y quisisteis ser enseñadas de cosa tan miserable.

7. Si el Padre Presentado fray Domingo Báñez, que es mi confesor, a quien le daré antes que le veáis, viere es para vuestro aprovechamiento y os le diere, me consolaré que os consoléis. Si no estuviere para que nadie le vea, tomaréis mi voluntad, que con la obra he obedecido a lo que me mandasteis; que yo me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, que no por cierto en pensar lo que he dicho. Bendito sea y alabado el Señor, de donde nos viene todo el bien que hablamos y pensamos y hacemos. Amén.

FIN DEL «CAMINO DE PERFECCION»

INDICE

Argumento general de ste libro	6
PRÓLOGO	7
Cap. 1.—De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monasterio	9
Cap. 2.—Que trata cómo se han de descuidar las necesidades corporales y del bien que hay en la pobreza	11
Cap. 3.—Prosigue lo que en el primero comenzo a tratar, y persuade a las Hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios favorezca a los que trabajan por la Iglesia. Acaba con una exclamación	16
Cap. 4.—En que persuade la guarda de la Regla, y de tres cosas importantes para la vida espiritual. Declara la primera de estas tres cosas, qué es amor al prójimo y lo que dañan amistades particulares	21
Cap. 5.—Prosigue en los confesores. Dice lo que importa sean letrados	27
Cap. 6.—Torna a la materia que comenzó de amor perfecto	30
Cap. 7.—En que trata de la misma materia de amor espiritual, y da algunos avisos para ganarle	34
Cap. 8.—Trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado interior y exteriormente	39
Cap. 9.—Que trata del gran bien que hay en huir los deudos los que han dejado el mundo, y cuán más verdaderos amigos hallan	41

Cap. 10.—Trata cómo no basta desasirse de lo dicho, si no nos desanimamos de nosotras mismas, y cómo están juntas esta virtud y la humildad	43
Cap. 11.—Prosigue en la mortificación, y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades ..	47
Cap. 12.—Trata de cómo ha de tener en poco la vida el verdadero amador de Dios, y la honra	49
Cap. 13.—Prosigue en la mortificación, y cómo ha de huir de los puntos y razones del mundo para llegarse a la verdadera razón	53
Cap. 14.—En que trata de lo mucho que importa no dar profesión a ninguna que vaya contrario su espíritu de las cosas que quedan dichas	57
Cap. 15.—Que trata del gran bien que hay en no disculparse, aunque se vean condenar sin culpa	59
Cap. 16.—De la diferencia que ha de haber en la perfección de la vida de los contemplativos a los que se contentan con oración mental, y cómo es posible algunas veces subir Dios un alma distraída a la perfecta contemplación y la causa de ello. Es mucho de notar este capítulo y el que viene cabe él	63
Cap. 17.—De cómo no todas las almas son para contemplación, y cómo algunas llegan a ella tarde, y que el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que lo llevare el Señor	67
Cap. 18.—Que prosigue en la misma materia y dice cuántos mayores son los trabajos de los contemplativos que de los activos. Es de mucha consolación para ellos	71
Cap. 19.—Que comienza a tratar de la oración. Habla con almas que no pueden discurrir con el entendimiento	75

Cap. 20.—Trata cómo por diferentes vías nunca hallan consolación en el camino de la oración, y aconseja a las Hermanas de esto sean sus pláticas siempre	83
Cap. 21.—Que dice lo mucho que importa comenzar con gran determinación a tener oración y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone	87
Cap. 22.—En que declara qué es oración mental .	91
Cap. 23.—Trata de lo que importa no tornar atrás quien ha comenzado camino de oración, y torna a hablar de lo mucho que va en que sea con determinación	95
Cap. 24.—Trata cómo se ha de rezar oración vocal con perfección y cuán junta anda con ella la mental	98
Cap. 25.—En que se dice lo mucho que gana un alma que reza con perfección vocalmente, y cómo acaece levantarla Dios de allí a cosas sobrenaturales	101
Cap. 26.—En que va declarando el modo para recoger el pensamiento. Pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oración	103
Cap. 27.—En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del «Paternoster», y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje las que de veras quieren ser hijas de Dios	107
Cap. 28.—En que declara qué es oración de recogimiento, y pónense algunos medios para acostumbrarse a ella	111
Cap. 29.—Prosigue en dar medios para procurar esta oración de recogimiento. Dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidos de los prelados	116
Cap. 30.—Dice lo que importa entender lo que se pide en la oración. Trata de estas palabras	

del «Paternoster»: Santificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum». Aplicase a oración de quietud y comiézala a declarar	119
Cap. 31.—Que prosigue en la misma materia. Declara qué es oración de quietud. Pone algunos avisos para los que la tienen. Es mucho de notar	123
Cap. 32.—Que trata de estas palabras del «Paternoster»: «Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra»; y lo mucho que hace quien dice estas palabras con toda determinación, y cuán bien se lo paga el Señor	130
Cap. 33.—En que trata de la gran necesidad que tenemos de que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del «Paternoster»: «Panem nostrum quotidianum da nobis bodie»	136
Cap. 34.—Prosigue en la misma materia. Es muy bueno para después de haber recibido el Santísimo Sacramento	139
Cap. 35.—Acaba la materia comenzada con una exclamación al Padre Eterno	145
Cap. 36.—Trata de estas palabras del «Paternoster»: «Dimitte nobis debita nostra»	147
Cap. 37.—Dice la excelencia de esta oración del «Paternoster», y cómo hallaremos de muchas maneras consolación en ella	153
Cap. 38.—Que trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre Eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: «Et ne nos inducas in tentationem sed libera nos a malo», y declara algunas tentaciones. Es de notar	156
Cap. 39.—Prosigue la misma materia, y da avisos de tentaciones, algunas de diferentes maneras, y pone dos remedios para que puedan librar de ellas	160

Cap. 40.—Dice que procurando siempre andar en amor y temor de Dios, iremos seguras entre tantas tentaciones	163
Cap. 41.—Que habla del temor de Dios y cómo nos hemos de guardar de pecados veniales ..	167
Cap. 42.—En que trata de estas postreras palabras del «Paternoster»: «Sed libera nos a malo. Amén.» «Mas líbranos del mal. Amén»	172